

7.
CORAZÓN DE JESÚS
CASA DE DIOS Y PUERTA DEL CIELO

Cor Iesu, domus Dei et porta Cali

P. Andrés Torres, Sacerdote argentino
Monje, misionero en España

En el libro del Génesis se narra que Jacob dejó su tierra para buscar mujer, y en su camino hizo noche en un lugar que luego llamó Betel. Esa noche, Dios se le manifestó: *Tuvo un sueño; soñó con una escalera apoyada en tierra, y cuya cima tocaba los cielos, y he aquí que los ángeles de Dios subían y bajaban por ella. Y vio que Yahveh estaba sobre ella (...). Despertó Jacob de su sueño y dijo: '¡Así pues, está Yahveh en este lugar y yo no lo sabía!'. Y atemorizado añadió: ¡Qué temible es este lugar! No es sino la casa de Dios y la puerta del cielo (Gn 28,12-17).*

Muchos años más tarde, Jesucristo aplica esta visión de Jacob a sí mismo: *En verdad, en verdad os digo: veréis el cielo abierto y a los ángeles de Dios subir y bajar sobre el Hijo del hombre (Jn 1,51).*

De modo que Jesucristo, Verbo Encarnado, es la escala que vio Jacob, por donde suben y bajan los ángeles, donde se encuentra Dios. Él es la «casa de Dios y puerta del Cielo» de que habló Jacob.

En Jesucristo, según el Apóstol San Pablo *reside toda la plenitud de la Divinidad corporalmente (Col 2,9)*. Es decir, Él es la morada física de la Divinidad, la Casa de Dios. Por la unión de su naturaleza humana a su naturaleza divina, toda la Divinidad reside en Él. Y si el Cielo consiste en el gozo de la contemplación de la Esencia Divina *-le veremos tal cual es (1 Jn 3,2)-*, entonces en la humanidad de Cristo se encuentra el mismo Cielo como encerrado, y el modo de acceder a Él es a través de su santa humanidad. Por esto, Él es puerta del Cielo.

Si queremos, entonces, llegar al Cielo, el medio para ello es entrar en contacto con la humanidad salvífica de Jesucristo.

Dice Santo Tomás de Aquino en la *Suma Teológica*, que el cuerpo de Cristo es el instrumento por el cual los sacramentos reciben virtud para comunicar la gracia: «La causa eficiente principal de la gracia es el mismo Dios, en relación al cual la humanidad de Cristo hace de instrumento unido, y el sacramento, de instrumento separado. Por eso, es necesario que la virtud salvífica fluya de la divinidad de Cristo, a través de su humanidad, hasta los sacramentos»¹.

Es decir, por estar unida a la Persona del Verbo, la humanidad de Cristo nos comunica la gracia en los sacramentos. Y la gracia, es la que nos salva. La humanidad de Cristo es pues, la Puerta del Cielo en cuanto contiene la Divinidad, y en cuanto nos comunica esa Divinidad. El mismo Jesucristo dijo de sí mismo: *Yo soy la puerta de las ovejas. (...) Yo soy la puerta; si uno entra por mí, estará a salvo; entrará y saldrá y encontrará pasto* (Jn 10,7.9).

Y esta puerta del Cielo permanece abierta, como escalera por la que descienden todas las gracias a la tierra, y por la que suben las almas al Cielo. Es la humanidad de Cristo el punto de unión entre el tiempo y la eternidad.

Por eso la Encarnación del Verbo es el acontecimiento más grande y alto de la historia. Porque en Jesucristo se unen el tiempo y la eternidad. De modo que la historia no es lineal, sino que tiene un ápice, hace 2000 años, cuando el tiempo alcanzó su plenitud, su punto más alto, porque el Verbo eterno se unió a una naturaleza humana, de carne y hueso, sujeta al tiempo.

¹ S. *Th.*, III, q. 62, a. 5.

Y el hombre, todo hombre, nosotros, podemos acceder a la eternidad por esa puerta. Esa puerta que comunica el tiempo y la eternidad queda abierta para quien quiera salvarse. La humanidad de Jesucristo, que encontramos en la Eucaristía, es lo que tenemos al alcance de la mano, lo que nosotros podemos tocar y con lo que nosotros podemos ponernos en relación con Dios desde el tiempo, para pasar a la eternidad. *Lo que existía desde el principio, lo que hemos oído, lo que hemos visto con nuestros ojos, lo que contemplamos y tocaron nuestras manos* (1 Jn 1,1), dice San Juan.

Por esto el Concilio Vaticano II llama al sacrificio eucarístico, «fuente y ápice de toda la vida cristiana»². Fuente y ápice, porque todo el trabajo de la Iglesia, todo apostolado, toda oración, debe apuntar a llevar a los hombres a la Eucaristía, como puerta de acceso a la eternidad, es decir, como salvación, porque en la Eucaristía queda Jesucristo presente entre nosotros, como casa donde habita la plenitud de la divinidad, para ofrecer el Cielo a los hombres de todos los tiempos.

Y ¿por qué de manera particular llamamos a su Corazón casa de Dios y la puerta del Cielo? Lo es en verdad toda su humanidad, pero el Corazón representa la parte más alta y noble de su naturaleza humana: «...su Corazón, por ser la parte más noble de su naturaleza humana, está unido hipostáticamente a la Persona del Verbo de Dios, y, por consiguiente, se le ha de tributar el mismo culto de adoración con que la Iglesia honra a la Persona del mismo Hijo de Dios encarnado»³.

Es por su inmenso amor a los hombres que el Verbo se encarnó, y de este modo abrió a los hombres la Puerta del Cielo. Y el corazón es símbolo del amor: «su Corazón, más que ningún otro miembro de su

² CONCILIO VATICANO II, Constitución dogmática *Lumen Gentium* sobre la Iglesia (21/11/1964), 11.

³ Pío XII, Encíclica *Haurietis aquas* sobre la devoción al Sagrado Corazón (15/5/1956), 6.

Cuerpo, es un signo o símbolo natural de su inmensa caridad hacia el género humano»⁴.

Ese Corazón manifestó máximamente su amor, cuando se dignó abrirsenos por medio de su sacrificio redentor. La herida de la lanza abrió una oquedad en la Casa de Dios, una Puerta, de manera que el Corazón de Jesús, que contiene lo Incontenible, nos lo comunicó por amor.

Ese sacrificio, que nos abre la Puerta del Cielo, se renueva diariamente en la Eucaristía. En cada Santa Misa, aquel único instante en que consiste la eternidad, se une al sucederse de los múltiples instantes que tejen el tiempo. El único Corazón de Cristo, bajo las dos especies eucarísticas, se nos ofrece abierto, suspendido entre el tiempo y la eternidad, para que los hombres de entonces como los de ahora, puedan acceder a la Casa de Dios.

Corazón de Jesús, casa de Dios y puerta del cielo, ten piedad de nosotros.

⁴ *Ibidem*.